



La que se autoproclama la enciclopedia más libre y universal dice de María Galiana (Sevilla, 1935) en su primera línea que es «una actriz española, muy conocida y respetada en el teatro andaluz y cine español», pero cabría la opción de enmendarle la plana al lexicón digital para resaltar que ella, ante todo, ha sido y se siente profesora. Esa fue su verdadera vocación y a la que ha dedicado toda su vida, aunque desde joven tonteara con las tablas y la gran pantalla y a ellas volviera cada vez que tenía oportunidad, hasta poder dedicarles plenamente su tiempo tras alcanzar el júbilo de su jubilación como docente.

Sevillana de las de siempre, su infancia son recuerdos de una ciudad con más identidad propia y menos turistas; de mañanas cruzando con su madre la Plaza Nueva para ir al colegio, tardes en el Arenal a la vera de su abuela, o noches de Semana Santa acompañando a su padre para interiorizar con todos los sentidos la magia de una liturgia que, dice, solo puede entenderla quien la ha mamado desde chica y a

la que vuelve año tras año, aunque a ratos le guste menos lo que ve, escucha o siente.

La inquietud cultural y el pensamiento crítico de los que ha hecho gala toda su vida fueron la seña de identidad en un hogar de amplias miras ideológicas. Licenciada en Filosofía y Letras, con la especialidad de Historia, dice que su talante tranquilo, que tanto contrasta con los nervios con los que sus compañeros viven el antes y el después de cada función o de un rodaje, le viene de la época en la que preparó las oposiciones, la temida *encerrona*. Galiana ejerció como profesora de Historia e Historia del Arte en institutos públicos hasta su jubilación en el año 2000. Hoy, en el barrio de Montequinto (Dos Hermanas, Sevilla), hay uno que lleva su nombre.

En el mismo año que se retiró de las aulas ganó el Goya a la mejor actriz de reparto por su papel en *Solas*. Este premio, quizá el máximo reconocimiento recibido por su faceta actoral, causó en ella con el tiempo también un profundo desencanto porque, pese a gozar de una exposición mediática sin precedentes, nunca más volvió a ser llamada para un papel de relevancia en el cine. Quizá haya influido esta circunstancia en lo descreída que es cuando habla de galardones. Pese a todo, en su currículum tiene más de 20 títulos en la gran pantalla y numerosas series de televisión y obras de teatro tras sus espaldas.

Poca amiga de los agasajos, esta amante de la ópera y del viajar hace gala de un carácter seco y una sinceridad que, a ratos, puede parecer incómoda para quien no espere encontrarse de frente con una franqueza tan meridianamente opuesta a lo políticamente correcto. María presume de encarnar todo lo opuesto a la ternura de Herminia, su papel en la serie *Cuéntame cómo pasó*, y lleva muy mal haber quedado encasillada en el papel de la abuela de España. Amiga de la soledad, especialmente desde que muriera su esposo, Rafael González Sandino, no renuncia, sin embargo, al bullicio del Rocío o a su Semana Santa, con la que también es crítica cuando se tercia. A la Feria dejó de ir porque no soporta ya la música enlatada y al palco de su Betis porque prefiere verle perder en casa. Genio y figura. */